

LA VERDAD ESTA EN EXTREMADURA

HACE años que el Filósofo alemán Conde de Keyserling dijo que España era la reserva moral del mundo. La norma pura del cristianismo, la verdad de Dios, había buscado asilo en nuestra patria, perseguida por las mentiras, desenfrenos y odios desencadenados en el resto del planeta, pero también aquí los aires de fuera dismantelaron la estructura magnífica de la trayectoria de la raza. Y la verdad tuvo que refugiarse en un rincón del suelo hispano, en Extremadura. Lo ha proclamado un ilustre escritor no extremeño: José María Pemán.

Preciso es no silenciar el hecho. Pemán estrenó en Madrid, en el teatro Lara, su comedia «La verdad», basada en la afirmación rotunda de las normas inmutables de la verdad de Cristo, frente a los peligrosos equívocos, forjadores de supuestas verdades. Y esa verdad única y auténtica la ubica en las tierras extremeñas, en Trujillo, que fué siempre uno de los más históricos baluartes de la región.

La verdad está hoy en las almas de Extremadura. Lo dice así, categóricamente, uno de los primeros poetas de nuestros tiempos, que en su obra, finamente tejida, estudia la pugna entre los errores peligrosos y la moral auténtica, representada por la que él denomina «la verdad de Trujillo», que es la de Dios, para ir a la conclusión del triunfo de esta verdad en la plenitud de todos sus infinitos beneficios.

¿Por qué hemos de ocultar nuestra alegría?

Estamos tan acostumbrados a que se nos olvide y desconozca que, cuando por una vez se nos hace justicia, preciso es echar a vuelo las campanas regocijadas y nobles del orgullo. No hace mucho oíamos a un religioso mejicano preguntar: ¿qué Virgen de Guadalupe es esta de Extremadura que han inventado a imitación de la de Méjico? Aunque parezca asombroso, el hecho es cierto. Nuestra Virgen, la auténtica, venerada siglos antes de ser descubierta América y de la cual tomó el nombre la del Tepellac, llega a ser desconocida y olvidada hasta este punto.

Frente a contrasentidos tan dolorosos, lógico es que vibremos de entusiasmo al proclamar Pemán la primacía moral de Extremadura en el mundo; al reconocer que los principios puros, las normas eternas, las tradiciones aromadas de ascetismo, todo en fin, cuanto es medula y sustentáculo de la civilización cristiana, se guarda en los corazones de nuestra raza, como semilla que de nuevo manos extremeñas deben volver a sembrar por la redondez del orbe.

Como ayer, cuando fué preciso ganar mundos, hoy tiene la tierra de los Conquistadores la fórmula salvadora. Gritémoslo muy alto, para que nuestras voces, con tintineos de campanas de gloria, reba-

sen la barrera de apatía que aisla y separa nuestras virtudes raciales de la realidad operante.

No solo fuimos, sino que también somos y seremos. Hay que pensar que toda nuestra gesta magnífica en las Indias, en Flandes o en Italia, no puede ser la apoteosis final de un poema grandioso, sino la enseñanza aleccionadora de un futuro de esplendor.

Cuando el mundo se debate angustiado entre locuras demolidoras, Extremadura sigue teniendo la verdad, la única fórmula de salvación definitiva. Al proclamarlo así un poeta de nuestros días, nos hace justicia; pero también nos impone responsabilidades que debemos aceptar agradecidos.

Alcántara y Guadalupe, Medellín y Trujillo, Cáceres y Badajoz, Plasencia y Mérida, deben dejar de ser símbolos, letra muerta, aroma de pasado, para convertirse en realidad de acción y de fe, con peso eficiente en las balanzas universales. Para ello disponemos del arma más poderosa de todos los tiempos: «la verdad de Trujillo», ¡que es la verdad de Dios!

MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO

Llamas de Capuchina

POR JOSÉ CANAL

EL luto suele ser un dolor que primero nos oprime el corazón y luego acaba apretándonos apenas el brazo izquierdo.

Ha hombres que son como los ajos: en sus cabezas no hay más que dientes.

La tráquea nos la hizo Dios con un trozo de bambú.

El bisoñé es la clueca de la calva.

Hay unos relojes que son como los canguros: llevan un reloj pequeñito en el abdomen.

También para las cerillas la muerte es una liberación.

Para las sillas, siempre somos niños a los que es agradable tomar sobre las rodillas.